

DISCURSO DE INCORPORACIÓN DEL
PROF. DR. TITO URETA ARAVENA

ELOGIO DEL PROF. DR.
OSVALDO CORI MOULLY (1921-1987)

Quizás todos hemos tenido la misma experiencia. Al ingresar a la Universidad algunos de los profesores con que me encontré eran seres como de otro planeta. Me sentía maravillado en las clases de Hoecker, Brncic, Cerutti, Walter Fernández, Hoffmann, Cori, Cruz-Coke, Cabello y Niemeyer, Neghme, Talesnik, Mardones Restat, Croizet. Era la década de los cincuenta y aunque en un suspiro pasaron casi 30 años, mi impresión sigue siendo la misma: ¡esos sí que eran profesores!

Más de alguna vez y en medio de muchas cervezas, discutía con mis compañeros lo mucho que había que estudiar, trabajar y esforzarse para llegar a ser como esos científicos y, aunque nunca muy convencidos, identificábamos a algunos estudiantes y asistentes jóvenes que prometían. Claro está, yo no era de aquéllos. Por eso, ahora que la benevolencia de los miembros de la Academia de Ciencias ha decidido que deba ocupar el sillón que pertenecía a Osvaldo Cori, no puedo menos que pensar que el simbólico asiento debe sentirse incómodo y quizás estupefacto.

Los años de formación

Cori, nacido en Antofagasta en 1921, se educó en Valparaíso y luego en la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile a la que ingresó en 1940 para titularse en 1947. Tempranamente se aficionó por la investigación científica básica en Fisiología, aunque con cierto escepticismo, ya que su vocación iba

más por el lado de la química. En varias ocasiones, tanto por escrito (1) como en conversaciones informales, Osvaldo recordó el estimulante ambiente del Instituto de Fisiología de esos años y la influencia gravitante que sobre él tuvo el contacto con Hoffmann y sus ayudantes. No es difícil imaginar el peso de esa influencia: además de Hoffmann estaban Samuel Middleton, Bruno Günther, Jaime Talesnik, Guillermo Contreras, Juan Concha, Bjorn Holmgren y, más adelante, Teresa Pinto, José Tohá, Hugo Adrián, Humberto Maturana, Mario Luxoro y otros.

Bajo la dirección de Francisco Hoffmann, Osvaldo rápidamente se dedicó a introducir lo molecular en la investigación fisiológica, lo que se observa en su primer tema de investigación que corresponde a la Tesis de Aída Traverso, su flamante esposa, acerca del efecto de la tiroxina en el consumo de oxígeno y la excreción de nitrógeno en ratas suprarrenoprivas, y que se publica en 1951 en *Acta Physiologica Latinoamericana*. Su vocación bioquímica se evidencia aún más al elegir el laboratorio de Fritz Lipmann en Boston para su actividad de posgrado. Cori es uno de los cinco chilenos que buscaron al lado de Lipmann una forma de hacer ciencia en la que las ideas van más allá de la enésima cifra decimal lograda en el instrumento de moda. La contribución de Cori y Lipmann al conocimiento de las primeras etapas del ciclo de las pentosas ha pasado a ser un documento clásico. Otro trabajo clásico es el que produjo un año después acerca del mecanismo de la fosforilación a nivel de sustrato en el laboratorio de Severo Ochoa.

Los años de producción

A su vuelta a Chile en 1952, Osvaldo se sumerge en el estudio de algunos compuestos importantes del metabolismo energético del músculo, como el ATP y la fosfocreatina, pero en 1956 es seducido por la idea de formar su propio laboratorio en la Facultad de Química y Farmacia donde realizará casi toda su investigación científica. La creación de la carrera de Bioquímica le permitió tener contacto con un grupo muy selecto de jóvenes talentosos que contribuyó a formar y que han llegado a ser los responsables del alto nivel de la disciplina en nuestro país.

Ya instalado en los laboratorios de Vicuña Mackenna, Osvaldo, a la sazón enfrascado en el mecanismo de acción de las apirinas, se encontró con

Jochen Kummerow, ese botánico al que tanto se le debe en nuestro país. De sus conversaciones con Jochen decidió iniciar en 1963 sus investigaciones sobre biosíntesis de terpenos en *Pinus radiata*. El cambio de giro era radical y característicamente Osvaldo lo abordó con el éxito que conocemos.

Prácticamente toda la investigación de Cori y su grupo se hizo en el laboratorio viejo e inhóspito de Vicuña Mackenna. Allí, en una minúscula oficina en la que apenas cabían dos personas, solía visitarlo para conversar sobre tantos problemas de la vida universitaria. Allí conocí su sólida cultura general. Sin duda, la influencia de Francisco Hoffmann, ese gran generalista, fue decisiva. También lo fue, creo, su facilidad para leer y expresarse al menos en tres idiomas. Osvaldo era un científico con vocación de humanista y en más de un escrito (2) y conferencia, nos dejó sus pensamientos acerca de las relaciones entre la Ciencia y otros senderos del transitar del hombre.

Cori y la organización de la Ciencia

No demoró mucho la comunidad científica y universitaria en valorar las condiciones de Osvaldo como investigador y organizador. Desde luego en la creación de la carrera de Bioquímica, a la cual su nombre está íntimamente ligado (3). Su participación en la creación de CONICYT en 1967 aseguró al menos por unos pocos años la función catalizadora que todos esperábamos de esa institución. Más adelante, es designado Decano de la Facultad de Ciencias y, casi en seguida, Vicerrector de la Sede Oriente de la Universidad de Chile, en tiempos difíciles para el sistema universitario. En 1966 fue uno de los primeros miembros de número de esta Academia de Ciencias del Instituto de Chile, a la que se incorporó con un trabajo de revisión de su línea de investigación en Metabolitos secundarios en vegetales (4), siendo recibido por el Prof. Luis Cerutti (5). Como Presidente de esta Ilustre Academia entre 1974 y 1976 desarrolló una activísima labor de defensa de la actividad científica. En 1976 se hace cargo del Servicio de Desarrollo Científico y Creación Artística de la Universidad de Chile, reorganizándolo y convirtiéndolo, a pesar de los cambios de nombre y de los embates que sufre permanentemente, en un sistema de evaluación y manejo de proyectos que cuenta con el respeto y apoyo de todos.

Conociendo a Osvaldo

En 1960 yo deambulaba en el Instituto de Química Fisiológica y Patológica en el laboratorio de Hermann Niemeyer, en el tiempo libre que me dejaban los estudios de Medicina, es decir casi todo el día. Hermann y Osvaldo decidieron juntar ambos grupos en seminarios de avances de trabajos en marcha que se realizaban con cierta frecuencia en uno u otro laboratorio alternadamente. Esta fue una hermosa experiencia porque me permitió conocer a Osvaldo y Aída y a otros miembros de su grupo, entre los que se contaban algunos estudiantes de entonces como Frank Marcus, Hernán Chaimovich, Yedi Israel. En esas reuniones se presentaban los datos crudos de los experimentos en curso y recibíamos la crítica y consejos de todos. Las mismas reuniones se reanudaron mucho tiempo después, en 1980 ó 1981 creo, con la participación adicional de Mario Sapag y su grupo.

Desde siempre mantuve relaciones muy cordiales con Osvaldo Cori, quien me distinguió siempre con invitaciones a seminarios informales con su grupo y el de Aída, y un par de veces al año, a dar clases en su curso de Bioquímica II. Varias veces me tocó participar con él en los variados comités que la organización universitaria decreta. Como expondré luego, no siempre estuve de acuerdo con él, pero aún en esos casos admiré lo claro y lúcido de sus argumentos y la fuerza con que los defendía. No era fácil ser su adversario.

Más de alguna vez tuve disensiones profundas con Osvaldo. Una de ellas se refería a su visión de las reuniones de la Sociedad de Biología o de la Sociedad de Bioquímica. Osvaldo prefería las reuniones en el interior de las universidades y yo las organizaba (cuando me correspondió hacerlo) en lugares aislados. Nunca pudimos ponernos de acuerdo y mostraba su desaprobación al no asistir a las reuniones cuando éstas se hacían lejos de Santiago, y si se efectuaban en algún lugar cercano, se presentaba sólo por el día.

Otro motivo de desacuerdo se refería a la publicación de trabajos científicos en revistas nacionales. Osvaldo pensaba que la validez de un trabajo sólo se concreta después de haber pasado la barrera de la crítica por revisores exigentes de reconocido prestigio internacional y, una vez publicado, por el grado de aceptación por la comunidad internacional, lo que en su opinión no se lograba publicando en

revistas domésticas. En esta posición Osvaldo no estaba solo ya que, como es sabido, la mayoría de los científicos chilenos, yo entre ellos, tiene una visión clarísima del grado de visibilidad que se desea para un trabajo dado. No es este el momento para exponer mis ideas al respecto, pero en todo caso no pude vencer a Osvaldo de la necesidad de apoyar y financiar los *Archivos de Biología y Medicina Experimentales*, ni en conversaciones informales ni en las oportunidades en que recurrí a él en su calidad de Director de Investigación de la Universidad de Chile o de Presidente de CONICYT.

El ocaso

El último cargo que ocupó Osvaldo fue el de Presidente de CONICYT, institución a la que, como hemos visto, estuvo ligado desde su fundación. Su designación nos llenó de alegría porque en su accidentada historia la presidencia de un científico es un evento de bajísima probabilidad. La alegría tenía sus razones adicionales. Osvaldo había escrito (6) ...“es deber del científico defender sus opiniones sobre política de la ciencia, y sobre todo aclararlas al planificador que no ha hecho ciencia pero cree opinar sobre cómo debe hacerse esa ciencia. Consecuencia de la disociación entre quienes hacen y quienes pretenden dirigir ciencia es el descuido en que está cayendo la investigación científica...”. Muchos pensamos que no duraría mucho en el cargo, ya que el lenguaje franco y directo que caracterizaba a Osvaldo aparentemente no es el que se aprecia a nivel de ministerios y altas esferas del poder. Me dicen que en efecto así ocurrió y que las posibilidades de implementar sus ideas en apoyo de la ciencia comenzaron a disminuir precipitadamente. Pero ya Osvaldo estaba tocado por el sino y su inmensa capacidad de enfrentamiento hubo de replegarse y usarse para otra lucha. En ese momento ya llegaban, tarde, los reconocimientos públicos para una carrera impecable (7). Alguno no llegó y perdió la oportunidad de prestigiarse con su nombre.

Ha llegado para mí el momento de ocupar el sillón N° 10 que pertenecía a Osvaldo Cori. Sé que mi particular constitución genética me impide hacer desde este lugar todas las cosas que hizo Osvaldo en su fructífera vida. De todos modos su obra constituye un acicate para ayudar a lograr el gran objetivo que Cori tuvo siempre: hacer Ciencia al más alto nivel posible.

REFERENCIAS

1. CORI, O. (1982). Francisco Hoffmann: Profesor de Fisiología (1902-1981). *Rev. Med. Chile* 110, 181-188.
2. CORI, O. (1984). Ciencia y Humanismo. *Occidente* 40, 27-36.
3. VICUÑA, J.R. y CORI, O. (1981). Biochemistry in Chile. *Trends Biochem. Sci.* 9, III-IV.
4. CORI, O. (1968). Bioquímica de las resinas naturales. *Bol. Acad. Ciencias (Chile)* 1, 57-74.
5. CERUTTI, L. (1968). Discurso de recepción del Académico Osvaldo Cori Moutly. *Bol. Acad. Ciencias (Chile)* 1, 67-74.
6. CORI, O. (1983). ¿Abolir la investigación en la Universidad? *Interciencia* 8, 238-239.
7. STOPPANI, O.M. y ALLENDE, J.E. (1987). Discursos en homenaje a los Académicos Osvaldo Cori y Hermann Niemeyer con motivo de su designación como Miembros Correspondientes de la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Argentina. *Bol. Acad. Ciencias (Chile)* 3, 77-82.